

LOS UNICOS MUERTOS DE LA HUMOSA

Hasta que aquel jaleo llegó, yo allí no tenía más jaleo que el del tren del mineral pasando por encima de mi casa, que eso sí que era un purgatorio, una molestia pero enorme.

Cualquiera sabe por qué no se les ocurrió poner la casa en otro sitio, con el mucho que hay en La Humosa. No: debajito mismo del puente del tren minero. Cincuenta o sesenta años llevaba pasando el tren, y esa casa (la única que hay por allí por el puente y que es como un chalé antiguo en plan de campo) temblando que parece que va a caer-se encima de los que estén dentro, don José María. Hasta al eucalipto de delante le entra el temblique y raro es que no se caiga y se rompa algo, o alguno de los cuadros del corredor y el comedor, con el dichoso tren. Menos mal que no pasaba de noche, y de día poco, dos o tres veces por semana. O a lo mejor es que ya estaba allí la casa cuando hicieron ese puente de hierro, todo negro y mohoso menos la tira de arriba de los rieles.

Y allí estuve más de cuatro años estupendamente. Hasta que pasó aquello, estupendamente. ¿Cómo: allí? Amigos por todas partes. Trabajo, pss, poco, ya sabe usted lo que dijo Palacio Valdés: Los mineros, del asunto religioso... Las mujeres, sí, muchas. Sus misas, todo, y muchas con los niños, o me los mandaban. Y un respeto grande, eso todo el mundo. Yo creo que incluso ahora, otra vez con esto de los partidos y las políticas, me tendrían el mismo respeto si llego a seguir allí, en La Humosa, aunque ya como se le tiene a un muerto, luego va usted a entenderme. Claro: aquella tranquilidad tan bonita lo mismo se ha echado hoy a perder del todo, con tanto lío y tanto cambio político, que ya a mí me coge muy viejo. Pero el respeto me lo hubieran seguido teniendo, el respeto sí. Aparte de que yo fuera el cura. Eso sí.

Ni aun cuando me dieron de lado (porque es que unos y otros terminaron dándome de lado, hasta que tuve que irme) vi yo en nadie una mala cara ni escuché una mala palabra. Y la amistad, eso era allí una joya. Pero una joya. Por lo menos, antes; lo que pasa es que las joyas también se queman y se pierden si hay un fuego. Desde el médico, Adolfo Aznar, y su mujer, Toti, tan simpáticos, a don Julio, don Julio Radigüé,

que era el director de la mina y creo que lo fue hasta muchos años después, pasando por el último minero. A mí aquella gente me quería.

—Don Pablo, ¿qué? ¿De paseo?

—¿Se va usted el domingo? Es que va a guisar mi mujer un pato con gurumelos, por si lo quiere probar.

—Véngase usted esta noche a echar un tute y a tomarse un cafelito, don Pablo.

Y así, los mineros y todo el mundo. Luego, cuando pasaron las cosas, ni un feo ni una mala palabra. Pero ya como a un muerto.

Ya esa parte de por sí es que es linda. Linda. Ese aire puro de La Humosa (que yo no sé de dónde sacarían el nombre porque allí de humo nada, pero nada; sería porque el sitio se llamaba así o por lo que fuera), esa sierra, ese campo, eso es una maravilla. Dios ha puesto allí lo más bonito que hay. Y como todo está igual que antiguamente... Y entonces, poco antes de la guerra, más. Cuando salíamos a pegar tiros, los domingos que salíamos, que yo decía misa cortita y temprano, a las ocho y media, todavía quedaban cochinos jabalíes. Los comí muchísimo y algunas veces los vi, pero ya en el suelo; vivo nunca vi uno ni pude tirarle a ninguno. Bueno, una vez, sí, me lo señaló Adolfo, el médico: «¡Por allí va; allí, don Pablo!» Pero estaba lejos. La verdad es que no vi más que abrirse las yerbas altas con la carrera del bicho, como si el viento pasara un dedo por el campo. Adolfo. Un buen muchacho. Y la mujer igual. Cuántos días no comería con ellos en su casa, si no nos íbamos de excursión o de cacería o si no venía yo por aquí, por Huelva. Y siempre de broma:

—Toti, no me eche usted mucho puchero ni mucho tocinito, que sube la tripa y ya estoy vejancón, ya voy pa los cuarenta—le decía yo.

Qué graciosa era. Y qué guapa.

—¿Qué? Hoy en día un hombre de cuarenta años es un chavea. Y si no pregúnteselo usted a otras mujeres, que somos las que entendemos de eso.

—Sí, claro, con los veintidós o los veintitrés que tú tienes es muy fácil decirlo.

—¡Que usted de eso no sabe, don Pablo; usted a lo suyo!

Qué graciosa era.

Adolfo también andaba tranquilo de trabajo: allí había pocos accidentes y la mayoría de los mineros estaban sanos y buenos. A pesar de la mina, con aquel aire puro quién no está bien... Y hay que reconocer que los extranjeros trabajan y conocen mejor que nosotros todo ese campo de la industria, y que don Julio, aparte de una persona muy tratable y de que se le entendía el español muy bien, no como a sus paisanos, bajaba mucho a la mina, por lo menos una vez a la semana,

y estaba siempre encima de la cuestión de la seguridad. Constantemente. Como que tuvo que irse él a su tierra, de vacaciones, para que pasara lo que pasó. De todas maneras, yo creo que los trabajadores también tenían su razón y no hay que quitársela. Pero Señor, por muy bien y muy a punto que estén las cosas, ¿dónde no suceden desgracias?... Siempre andaban hablando de que las instalaciones estaban viejísimas, de que allí se trabajaba en malas condiciones, unas quejas se enredaron con otras y por ahí vino lo de los jornales y vino todo. Pero esa razón sí la tenían: los materiales y la maquinaria eran los mismos que pusieron en tiempos de mis abuelos, que en gloria estén, cuando la mina se abrió. Los mismos.

Total, que pasó aquello, y ya le he dicho a usted que don Julio estaba fuera: un pobrecito que se le echó media galería encima en un derrumbe. No le duró al médico ni una hora. Y menos mal que perdió el conocimiento recién administrado, y ya no lo recobró; no quiero ni acordarme; la de dolores que se ahorraría aquel hombre. Bajamos Adolfo, el cabo de la Guardia Civil con otro de servicio que se llamaba Efraín y un servidor. Los civiles despejaron la galería a gritos limpios, y detrás de esos gritos y los pisoteos y los tropezones estaban en el suelo los resuellos del aplastado, que no podía ni hablar, y nosotros cuatro allí, sintiéndolo a nuestros pies sin verlo. Se llamaba Miguel Romero, no se me olvida. ¡Qué rato! Hasta que la polvareda se aplacó un poco, trajeron más luz y vimos que estaba en las últimas y que iba a ser peor tratar de quitarle todo aquello de encima. Ni con un tiro de mulas, de los antiguos, que hubiera entrado hasta abajo. Pero lo que decía: ¿dónde no pasa una desgracia?

Y allí empezó a estropearse el pasodoble, mi querido don José María. Aquello fue.

No, no, a mí aquello no me llegó de rebote... Aquello no. Fue de otra manera.

Había un grandullón simpático, un Ulpiano Reyes, barrenero; yo lo conocía bastante y cantaba muy bien los fandangos por todos los estilos de esta parte: del Cerro; del Alosno; de Cabezas Rubias, «*Quita pena y da alegría — dicen que el agua del Dique*»; los de Valverde, ya usted sabe; por cierto, que de Valverde cantaba muy alto y muy bien uno que ya no he vuelto a escucharlo más y que no se me ha olvidado,

*Ni Antonio El de la Pará,
que ni María Salinas
ni Antonio El de la Pará.
Desde que murió El Gatillo
nadie ha sabido cantá
de Valverde el fandanguillo,*

que toda la gente de esa copla, hágase usted un cálculo, tenía que ser muy vieja, pero mucho más que nosotros. Como me acuerdo de otro fandango que cantaba el Reyes, de Riotinto y de política, que es la que le tiraba a él, claro, y que tampoco he vuelto yo a sentirlo, y decía:

*Millones,
los soldaitos de España
están cayendo a millones
pa sacarle las castañas
al Conde de Romanones,*

o sea, éste de cuando la guerra de Africa, que usted sabrá que por aquí, por Andalucía, pegó muchísimo.

Bueno, pues ese Ulpiano empezó a buscarme y a hacerse conmigo el contradizo; venga hablarme de las instalaciones viejas, igual que si yo supiera o pudiera hacer algo por cambiarlas; de los mineros, los obreros y los braceros del campo, y de que no había derecho a tantas fincas vacías o de dos señores ni a muchas cosas. Y todo a raíz de lo del accidente, como si eso no pasara en cualquier sitio, Dios mío.

Desde luego, por allí hay un atraso grande y los extranjeros hacían y deshacían a su antojo. En todo. Me acuerdo que el maestro de escuela, don Alvaro, que era joven y de Sevilla, estuvo un tiempo con el disgusto de que por la parte de Riotinto había aparecido una rueda minera, como de una noria, grandísima y enterita, de la época de los romanos; bueno, pues los ingleses de las minas, venga: como quien no quiere la cosa, la cogieron y la mandaron a Londres a un museo, y allí está. Claro que si no llegan a llevársela, seguro que ya no quedaba de eso ni una astillita porque aquí nadie echaba cuenta, a qué nos vamos a engañar. Pero el hombre cogió el disgusto; el maestro decía que eso no pasa en ningún sitio, que las antigüedades de mérito ni tienen que perderse ni irse a otra nación, cosa que también es verdad. Y, desde luego, haber un atraso grande lo había. Sí. Figúrese usted que una tarde, en un pueblecillo de por allí cerca, vi que estaban pisando la aceituna como si fuera uva, con unos zapatones de madera que acababan a los pisadores sangrándoles los pies; yo nunca he visto una cosa igual. Ahora: eso también es como todo, un buen día llegan las prensas y las máquinas, y sanseacabó. Pero el Ulpiano venga. Y venga. Yo, ya ve usted, con lo claro que estaba enseñando la oreja, tardé un tiempo en percatarme de por dónde iba y de que lo del accidente no era más que un achaque y ya está.

Por fin, una noche me habló de una hermandá de mineros (él me dijo eso, *una hermandá*), que ya funcionaba en otras minas de por aquí y de toda España, y que no estaban ellos dispuestos a que los explota-

ran, decía. Ya entonces caí y dije: ¡Adiós, Ninon: los comunistas, los socialistas o algo por el estilo!... Muy inteligente el Ulpiano; ¡uh!, muy listo. Me habló de que la hermandá no era nada malo, que estuviera yo seguro de eso; pero que, ya que ellos me tenían una confianza, aunque muchos o casi todos no fueran a misa ni a la iglesia, que no era cuestión de que yo anduviera contándoselo de momento a los civiles, ni a don Julio, ni al médico, por muy amigos míos que fueran.

—Bueno, ¿pero tú a qué me vienes con esto, hombre?

Me dice:

—Por qué iba a ser, porque nos fiamos de usted y nos hace falta quien nos entienda y nos ayude. Aunque no es na malo, hay que saber a quién se le habla.

—Sí, ¿pero a mí...? Bueno, ¿y qué es lo que queréis? ¿Estáis mal pagados? Porque yo creo que no. Ni aquí los mira nadie a ustedes por encima l'hombro. ¿Qué queréis entonces?

—Unas pocas de cosas—me dijo—. Y eso de los jornales también habría que hablarlo, don Pablo. Un dinero cogemos, sí; pero ¿qué parte de las ganancias? ¿Y quiénes son los que las sacan? Lo que no queremos es que se aprovechen de nosotros. Ni de nadie.

—Todos en esta vida no vamos a ser ni a tener lo mismo—le dije.

Claro: ya estaba yo con una idea mucho más hecha de la embajadita que traía aquel hombre.

—¿No?—dice—. Pues no lo sé. Por lo menos, no tenía que ser así.

—Pero ven acá, Ulpiano, escúchame. Más pobre que Cristo, nadie, y si no quieres, hasta no lo mires ya en la cosa religiosa, sino en su vida tal como fue. Ahora no se irán ustedes a meter en esos forcejeos y esos líos que tanta sangre han costado y cuestan por ahí. ¿Te falta a ti que comer, que vestirte; te falta para mantener a tus hijos? Yo estoy en que no, ya te he dicho, y en que a los demás que están trabajando aquí tampoco: el minero aquí lo gana bien. ¿El accidente? Si os habéis metido a este oficio, ya se sabe que es duro y que tiene sus peligros y sus cosas. Como todos. También ganáis más que otros.

El Ulpiano no me parecía muy conforme.

—Si aquello llega a estar en condiciones y bien, no pasa—me dijo.

Y yo salí por donde pude. Sin mentir, porque lo sentía:

—Con lo buena persona que eres tú y que sois todos ustedes, cargarse la cabeza con cuatro ideas y cuatro esparpuchos de fuera, de Rusia, de Inglaterra y de por ahí; hombre, cuando aquí estamos en España. Piensa en tu familia, piensa en lo que tienes y vive en paz y a gusto, que la avaricia rompe el saco.

Pasaron unos días y se me fue olvidando aquella conversación. Un domingo, al volver de una novillada aquí en Huelva con Adolfo

y con don Julio Radigué, que vinimos en su coche, el Ulpiano me estaba esperando en los escalones de la puerta de mi casa, sentado allí fuera con otro hombre. Me asusté un poco. El otro, según me contó Ulpiano, había venido de la mina del Perruná. La visita y la cara del de Perruná me impresionaron en seguida, porque me miraba con un retintín, una desconfianza y una antipatía aguantadas que no había más que ver. Les abrí la casa y tomaron conmigo café y un aguardientito con guindas; al ser domingo, Luisa, la mujer que me hacía los mandaos y la casa, me había dejado la comida hecha para calentármela, y yo les ofrecí, pero no por cumplir ni con la boca chica: sacando los platos.

—Bueno, ya me diréis ustedes.

—Don Pablo, sin rodeos; es lo de las otras noches, que nos ayude usted a hablar con los jefes o cualquier día lo hacemos nosotros por nuestra cuenta y vamos a la huelga si es preciso. De aquí a fin de año como mucho.

Imagínese usted la que me entró a mí por el cuerpo, don José María... ¿Qué?... No, no, ¿cómo iba yo a decirles más que lo que sentía? Chivarme no quería yo...

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Y para esto ha venido este hombre aquí a La Humosa? La verdá.

—El es de la hermandá esa.

—¡Pero qué hermandá ni hermandá; es que yo no le veo pies ni cabeza a lo que me estáis diciendo!

El de Perruná, que me estaba pareciendo un sinvergüenza, se descargó con una risita y dice mirándome fijo a los ojos:

—¿Lo ves, Reyes? Y eso si no le da por irle mañana con lo nuestro a quien sea.

Ulpiano saltó antes que yo hablara:

—No, no; que él no hace eso. Que no. Aunque sea cura. Estará con nosotros o no; pero de traicionero, eso nada. Entonces qué, don Pablo, ¿va usted a echarnos esa mano o no?

Yo no sabía por dónde tirar.

—Déjame pensarlo. Vente mañana por la noche y lo hablaremos más despacio. Pásate por aquí de ocho y media a nueve.

A la otra noche me vinieron cinco. Llegaron por separado, dos y luego tres; el de Perruná se había ido a su mina en una camioneta por la mañana temprano y eso era ya un alivio, por lo de que a enemigo que huye, puente de plata, ¿no? Yo había estado loco todo el día. Paseándome solo por el campo y dándole veinte vueltas al asunto. Temiéndole al de Perruná. La que pudiera armar o habría ya armado. No podía creerme que a ese valle tan tranquilo y tan bonito, donde no había grandes necesidades, donde no circulaban publicaciones rojas ni inde-